

La memOrya que derrotó al viento

Fernando Tomás

Aunque mucho más conocido por su obra poética, tan original, innovadora y siempre dispuesta al juego, que cuenta con títulos tan celebrados como *Música de lobo*, *Técnica y llanto* o *Metanoia*, y también por sus sorprendentes *Aerolitos*, reflexiones filosóficas en forma de sentencia o aforismo, Carlos Edmundo de Ory (Cádiz, 1923 - Thézey-Glimont, Francia, 2010) también fue un prosista fino y brillante, como demuestran sus relatos, reunidos en el año 2001 en el tomo *Cuentos sin hadas* o también este libro póstumo, *La memoria amorosa*, que ahora saca a la luz la editorial Visor, en edición del poeta Jesús Fernández Palacios, uno de los amigos más cercanos del autor de *Lee sin temor* en España.

El libro está dividido en cuatro ciudades, mitad imaginarias y mitad reales, que presentan los escenarios donde se desarrolló de manera determinante la vida del escritor de la Bahía: Tarsis, que es como llama a su Cádiz natal; Mayrit, que es Madrid, donde llegó en 1942 para fundar el Postismo junto a Eduardo Chicharro y Silvano Sernesi, y donde también publicó *Versos de pronto*; Lutecia, que es París, el lugar elegido para exiliarse de una España que lo agobiaba como a todos y no lo entendía como a pocos, porque sus propuestas estéticas chocaban con las modas de la época, tan lejanas al *introrrealismo* que él y sus compañeros promulgaban, consistente en hacer un arte que expresara no la existencia sino la conciencia interna del autor; y, finalmente, Picardía, que es la zona de Amiens donde pasó las últimas etapas de sus existencia y donde

Carlos Edmundo de Ory: *La memoria amorosa*. Edición y prólogo de Jesús Fernández Palacios. Visor, Madrid, 2011.

falleció en noviembre del año 2010, seguramente en paz y resignado: «Que importa el morir o el no morir –escribe-. La vida no está en las manos, ni mucho menos. No hay manos que valgan para llevarse a otra parte la vida. (...) La palabra felicidad se disfruta en la primera sílaba, que es fe.» Aunque también hay y siempre hubo un punto de amargura en él, un hombre tan consciente de su importancia en la poesía española como del modo en que muchos lo ignoraban y pocos le otorgaron el sitio que le correspondía. Tal vez por eso se compara a Sócrates, ese sabio que murió «expatriado, insumiso, herético, incendiario, heterodoxo, gnóstico, agnóstico» y que sin duda le sirve de espejo.

La memoria amorosa es un libro interesante y emocionante, por lo que tiene de revelación, de brújula para orientarse en la compleja escritura de Carlos Edmundo de Ory, siempre más partidaria de la sugestión que de la confesión –yo no describo, no soy un pintor», aduce- ; y también por lo que tiene de despedida, pues es obvio que su autor, ese «hombre descalzo que pisa el charco de sus lágrimas», como él mismo se define, lo pensó como un testamento, un dejar las cosas claras y poner las cartas boca arriba. «Estuve siempre solo. No di tregua a la reflexión y a la escritura» –dice, para explicar la fuerza de una vocación a la que se entregó sin reservas. Es sintomático el fragmento en el que cuenta que cuando vivía en Madrid, cercado por el hambre y las deudas, tuvo que venderle a una librería de lance gran parte de sus libros, para tratar de sobrevivir, y al hacerlo tuvo la impresión de que aquello era «como vender el alma al peso.»

El autor de *Miserable ternura*, *Soneto vivo* o *La flauta prohibida* siempre fue un radical, nunca un ser acomodaticio, como todo el que busca el fondo de las cosas y no tiene interés en la superficie, que es donde flotan todas las mentiras: «Yo critico al que no tiene sangre, riñones, corazón y ojos, los ojos que hacen falta para ver lo invisible. Que en lo visible no hay nada que ver. (...) A mí me gusta encontrar al hombre que duda.» Como es evidente, la senda que eligió era la más difícil, la más llena de curvas y enemigos, y no podemos saber si al final del viaje lograría lo que soñó en su infancia, «introducirme en un barco fantasma, cuya tripulación desapareció hace mucho; (...) meterse en los camarotes, en las bodegas (...), desde el puente de mando donde la bitá-

cora y el timón hasta la sala de máquinas con sus engranajes averiados a perpetuidad (...) y encontrar allí, bajo un olor a yodo y algas, la resonancia del océano.» Pero lo que es seguro es que, al menos, fue capaz de elegir su propio destino, por eso en su nostalgia, que la hay en este libro, hay un punto de orgullo, de autoafirmación.

Ory tenía buena memoria pero no le interesaban los recuerdos, sino su peso en la vida: «uno lleva consigo como un saco pegado a la espalda, desgracias pasadas, cosas perdidas sin remedio alguno. Hay tantas cosas queridas que se lleva el viento.» Este libro es una manera de luchar contra lo que se va y de conseguir de algún modo quitarle a ese viento cruel alguno de sus tesoros. Permítanos jugar con la tipografía y la sintaxis en el título de esta crítica, puesto que lo hacemos en homenaje a ese creador extraordinario, siempre en la vanguardia, siempre con los ojos bien abiertos en la oscuridad, que fue Carlos Edmundo de Ory ©